Nada es más alegre que la cerveza, la cerveza acompañada por baile, el baile bajo el compas de la música, la música entre el trasfondo de risas.

 En ese momento todo me pareció feliz, tanto que creí que podía quebrar aquello con las manos, que podía romperlo, no a alguien o algo en concreto si no a la misma realidad que frente a mis ojos se desenvolvía.

 Lo que se rompió fue en cambio mi jarra, estallando en pedazos cuando la deje caer para salir apresurado de allí. No llegue a ver como el liquido se derramaba por la madera del suelo, ni oí los esperados reclamos.

 Afuera hacia frio. Dentro de la taberna se había hecho difícil percatarme del inhóspito clima exterior. En ese silencio y blancura el lugar se veía mudo, abandonado, jamás tocado por alguien que sonriera.

 Pisando la nieve sin ruido alguien salió tras mí, persiguiéndome, corriendo a detenerme. Su gesto era angustiado. Pero, ¿Por qué iba a importarme? Ahora lo sabía. Me había sobrepasado.

 Nadie, ni una sola alma se hallaba en el viejo edificio de la taberna.